ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EPÍLOGOS DEL MES

Va á hablar la Tierra.

Se han sospechado muchas cosas de la Tierra: que era el centro del Universo; que era un punto en el espacio; que era el ojo de un gigante; que era un animal, en fin, provisto análogamente de órganos y de vida como los séres sensibles que podemos percibir en su conjunto, descansando sobre ellos nuestra mirada. El sér más grande que pueden distinguir nuestros sentidos.

La Tierra da pruebas efectivas de una verdadera animación y se agita de tanto en tanto estremecida por una idea ó conmovida por un dolor. Ahora mismo podría decirse que le duele el corazón. La catástrofe de Courriéres se ofrece como una queja geológica, como un grito de concentrado tormento; ha sido como unas angustias de la Tierra.

Y este sér, este pobre sér, el mejor y más organizado de todos, tiene razón para estremecerse ahora, para quejarse como se ha quejado, con ese sordo rugido de fiera enronquecida. Sus microbios, sus hombres la trabajan con la usura que únicamente conocen las toxinas de los cánceres, con la furia de los vermes, la tenacidad de los ácaros.

Hace tiempo que sufre y se ensaya en producir en queja. ¡Ay del día en que hable la Tierra!

Una vez—se consigna en muchas partes y existen testimo-

nios de ello—fué su palabra. Un gran mal, una gran llaga le hizo proferir la oración más terrible que recuerdan los hombres, y la Tierra, como un rey ó un sacerdote de Oriente, desgarró sus vestiduras ante las blasfemias de Atlántida. Se habían hecho ya todas las primeras advertencias. Ahora, también ha pasado ó está acabando el período de las premoniciones. El cielo ha advertido bastante. Es como se empieza. Las primeras advertencias vienen de lo alto. Un rayo, una tormenta, á veces menos, una estrella que corre, pero siempre, siempre una que preside como la advertidora, como la nuestra. Y cuando el cielo ya no tiene que hacer sobre los hombres, entonces se abre la Tierra. No ha obedecido á un capricho el colocar el infierno en las entrañas del mundo, se habrá ido demasiado lejos; pero el gran mal y el gran castigo que se aplicó á los impíos fué sepultarlos, que les tragase la Tierra, como á los malos y díscolos sacerdotes. Coré, Dathan y Abirón perecieron así, de en medio de su pueblo.

Lo peor es que las víctimas no son siempre las que habían de ser castigadas. La Tierra las devuelve, como el mar saca á flote lo que no era para él. Y mar y tierra se quejan con más fuerza cuando no se les ayuda á la devolución que anhelan. Los bramidos del mar parecen acusaciones por auxilios no prestados; las conmociones del suelo, el correr de un ejército subterráneo y el rumor ondulante del terremoto, el reproche á coro de tantísimo sepultado. En cuanto sean más hablará la Tierra, la tierra y las aguas, todo el planeta. Y entonces será que los hombres han hecho tanto mal como el que ya hicieron en el último día de la Atlántida.

Nuestros mutuos destinos. No basta que seamos estrictamente justos, justos para nosotros, que cumplimos lo que más directamente nos pertenece. Dentro de las redes y de los velos mayávicos que nos envuelven, todo el mal, todos los males que creemos existen independientemente de nosotros por nuestra propia ilusión, son proyecciones de nosotros mismos. Un santo, un perfecto, siendo verdaderamente santo y verdaderamente puro, no vería un mal, ni distinguiría un sér malo fuera de sí, porque su propia bondad no le permitiría tan detestable ilusión. El gran deber no se refiere á lo más inmediato de nosotros, sino á todo lo nuestro, y así hemos de procurar

que no sea cruel la tierra, dañinas las fieras, perversos nuestros amigos, pútrido é irrespirable el ambiente.

La crueldad del destino, lo inexorable del mal, lo despiadado de un acontecimiento son crueldades, inexorabilidades é impiedades de nosotros. Todo el bien está fuera, y el mal sale de dentro por descuido, por inepcia. La piedra que sin faltar á su norma cae gravemente sobre el descuidado que pasa, no es cruel ni homicida; lo que hace es no poder ocultar por más tiempo un fraude en el trabajo, una mala voluntad ó un descuido del hombre que la colocó en tal altura. Las únicas piedras que caen son las que han tocado los hombres. En los demás casos, en esos accidentes fortuitos, donde muy lejos puede hallarse á los hombres, porque parece que no han tocado las cosas, sucede también lo mismo. Los choques, los naufragios, los temblores, han podido evitarse por sus víctimas, por los amigos de ellas, que sabían el gran deber. Pero á los desgraciados no se les hizo más advertencia que algún consejo de higiene, de higiene física. «Come esto. Adopta tal postura. No mires á ese sitio», etc. La mutualidad del destino no parece que llega más allá para los egoístas que el evitar los contagios. Y se debe ir más allá, se ha de evitar la muerte, se ha de evitar el mal.

En los procedimientos judiciales del mundo civilizado, la depuración de responsabilidades en los casos de accidentes fortuitos subsiste por esa idea de la mutualidad del destino. Y antes, cuando no eran *tan ciegas é inexorables* las fuerzas de la naturaleza, se procesaba á los objetos inanimados. La piedra que *se* caía, el puente que *se* doblaba, ó el cañón que reventaba, sufrían su natural proceso. Aún sigue ese enjuiciar á lo sin juicio; pero se sabe que toda la crueldad y la barbarie que se atribuye á la tierra y al mar, á la llama y al viento, no es, no son más que *descuidos* (?), incumplimientos de un hombre, de varios hombres, acerca de la mutualidad del destino.

Y nuestro deber no se refiere á lo más íntimo y personal de nosotros, sino á todo lo nuestro. Y lo nuestro está en todo.

ARIMÍ

LA GENEALOGÍA ESPIRITUAL

POR ANNIE BESANT

Queridos amigos: Muchos de vosotros sabéis que durante los últimos cincuenta años la ciencia de los países occidentales ha tratado de hallar las huellas de lo que se llama la genealogía del hombre. En Alemania, en Francia y en Inglaterra, los hombres de ciencia han tratado de ordenar el gran número de hechos recogidos, á fin de hallar un árbol genealógico y comprender el sistema por medio del cual el hombre ha evolucionado desde la niebla de fuego hasta el sér humano civilizado, La gran dificultad con que se ha tropezado para hallar las genealogías del hombre estriba en el hecho de que dichas genealogías sólo se han buscado en su naturaleza física. En las huellas de su cuerpo, los hombres de ciencia siguen paso á paso el camino á lo largo del cual este maravilloso y complicado organismo ha sido construído célula tras célula en todos los reinos de la naturaleza; y esto lo han hecho con una paciencia digna del mayor encomio y con bastante éxito, aunque su ignorancia de los ciclos sucesivos de progreso ha causado mucha confusión, muchos enlazamientos de tipos separados por incalculables eones de tiempo, y mucho revolver de arriba abajo las series y sucesiones, así como el trasladar los descendientes en el lugar que antes ocupaban los antecesores y viceversa.

Ahora bien; una vez habéis seguido punto por punto las huellas de la genealogía del cuerpo del hombre, esto, no obstante, no os halláis en posesión de su genealogía. El hombre no es el cuerpo; el cuerpo no es más que el vestido que el hombre lleva, y aquél jamás puede ser comprendido si de su genealogía excluís al espíritu, que lo hace eterno, y á la inteligencia, que es un aspecto de este espíritu, el cual se diferencia en este mundo de materia, y se manifiesta como intelecto y como mente. De esta suerte, las genealogías científicas del hombre son todas prácticamente excluídas por la naturaleza

parcial de la genealogía, y por el hecho de que se examina exclusivamente la parte humana menos importante del hombre. En las enseñanzas teosóficas, las cuales nos han sido legadas por los grandes Rishis del pasado, y además, apoyadas, comprobadas y perpetuadas en las escrituras de todas las grandes religiones del mundo, hallaréis una genealogía más verdadera que trata de cada una de las partes de la naturaleza del hombre. No es sólo en los Shâstras Indos, aunque son los más completos acerca de este punto, en donde podéis hallar huellas de esta revelación primitiva, y en donde podéis ver algo referente al dilatado camino que el hombre ha recorrido en su viaje desde el mineral hasta Dios; más aún, mejor debiera decir desde Dios al mineral, y luego desde el mineral á Dios, puesto que, como en verdad se ha dicho, no sólo en los escritos Indos, sino también por nuestros hermanos del Islam, «De Dios procedemos y á Dios volvemos».

Así, pues, con el objeto de que nos sea factible trazar con algún acierto la genealogía del hombre, creo que obraremos acertadamente siguiendo los amplios derroteros delineados por el gran discípulo de los Rishis, H. P. B., á quien saludo aquí con toda la efusión de mi alma agradecida por la luz y conocimiento que ella ha traído al mundo moderno. Desde el mismo principio de estas conferencias me complazco en reconocer mi deuda á su gran obra *La Doctrina Secreta*, de la cual todo el plan y los innumerables detalles son tomados. Por mi parte he añadido algunos hechos; he llenado alguno que otro vacío, y he puesto quizá un puente á algunas lagunas. Sin embargo, la mayor parte de los materiales son suyos, pues son extraídos del archivo de su vasto conocimiento oculto, de su gran repertorio de verdades (1).

H. P. B. nos enseña que, al tratar de comprender al hombre y su genealogía, debemos tener en cuenta tres grandes líneas de evolución: Primero, la evolución espiritual, que es de con mucho la más importante, puesto que el espíritu es el dueño de la materia, el que la guía, la moldea y le da forma, y á menos de que la genealogía espiritual sea conocida, el hombre permanecerá siendo siempre un problema insoluble. Segundo,

(1) Teniendo esto en cuenta, las referencias á *La Doctrina Secreta* sólo se citan cuando hay algún motivo especial para ello. En realidad, puede decirse que todas estas conferencias se refieren constantemente á dicha obra.

en el polo opuesto de la naturaleza humana, esto es, el físico, está la genealogía del cuerpo del hombre. La genealogía espiritual es el descenso gradual del espíritu en la materia. La genealogía física es el resultado de la ascensión del espíritu á través de la materia, á la cual moldea para dar lugar á la manifestación de sus propios é inherentes poderes. Tercero, examinando estas dos grandes líneas, una de ellas descendiendo de arriba abajo, y otra ascendiendo de abajo arriba, llegamos á un punto en que una tercera línea de evolución en la genealogía del hombre se junta con ambas y las une para formar el sér humano. Esto constituye la evolución intelectual, esto es, la llegada del Ego, con el fin de tomar posesión de su tabernáculo físico, así como para unir este tabernáculo con el espíritu que lo ha cobijado, y que por medio de su sutil influencia lo ha moldeado y construído. Una vez hemos trazado la evolución espiritual, la física y la intelectual, entonces se presenta á nuestra vista una vasta perspectiva en la cual podemos ver la completa genealogía del hombre bosquejada en amplios y comprensibles perfiles, y así podemos principiar á comprender algo de la maravilla de esta naturaleza humana, que es Dios, Dios en forma manifestada, divino en esencia y en poderes.

H. P. B. dice: «Para la formación de los tres Upâdhis periódicos existe en la naturaleza un triple esquema evolucionario, ó mejor dicho, tres esquemas distintos de evolución, los cuales, en nuestro sistema, están inextricablemente entrelazados y entremezclados constantemente..... 1.º El Monádico, como su nombre indica, es el que se refiere al progreso y desarrollo en las fases de actividad todavía elevadas de las Mónadas, en conjunción con 2.º El Intelectual, representado por los Mânasa-Dhyânis (los Devas Solares, ó Agnishvâtta Pitris), los dadores de la inteligencia y de la conciencia al hombre; y 3.º El físico, representado por los Chhâyas de los Pitris Lunares, en torno de los cuales la Naturaleza ha condensado el actual cuerpo físico..... La unión de estas tres corrientes en el hombre es lo que lo hacen el sér complejo que ahora es.» (1)

Ahora bien; esta es la gran tarea que debemos llevar á cabo en estas conferencias. A mis débiles manos, á mi imperfecta oratoria ha sido confiada esta labor, labor demasiado impor-

(1) *Doctrina Secreta,* I, 203-204.

tante en verdad para mí, que tan limitada soy en conocimiento y poderes para realizar tamaña empresa y, por lo tanto, para poder prometerme un éxito completo. Así, pues, todo lo que puedo esperar de mi trabajo es presentaros los resultados de un estudio dirigido por un conocimiento muy superior al mío, esperando con esto no imponeros autoritariamente un esquema que debéis aceptar, sino exponeros los datos que una estudiante puede proporcionar á sus compañeros de estudio, los cuales os pueden ser de utilidad en vuestras investigaciones, y serviros, si es que tengo tal fortuna, á manera de norte y guía á través del intrincado laberinto de la naturaleza, de modo que puedan ayudaros en vuestros esfuerzos para franquearlo.

Hoy nos ocuparemos de la primera de estas tres líneas de la genealogía humana, la genealogía espiritual del hombre. A fin de comprenderla bien debemos principiar con delinear dos amplios bosquejos. Primero, el bosquejo de aquellas grandes jerarquías de inteligencias espirituales que en pasados Kalpas, en pasados universos, habiendo completado su evolución humana, se han elevado lo suficiente para llegar á ser cooperadores con Ishvara en la formación de un nuevo Brahmânda. Estas son las jerarquías que dirigen y moldean los arquitectos, los constructores de sistemas solares. Nos es indispensable tener alguna idea, por vaga, por imperfecta, por pobre que sea, de estas grandes jerarquías que pueblan nuestro sistema solar, y á quienes somos deudores de nuestra evolución espiritual; alguna idea expuesta con veneración y respeto por imperfecta que sea, puesto que ellas son la vida del universo, ellas son las directoras de la evolución espiritual, intelectual y física. El segundo bosquejo es el del campo de la evolución, el lugar en donde la evolución se verifica.

Ahora bien; en los antiguos anales ocultos, idénticos en este punto con las más antiguas enseñanzas Indas, hallamos que nuestro sistema solar cuenta una existencia que se extiende más allá de lo que para nosotros es un ilimitado pasado, pues según se dice tiene al presente una edad de 1.955.884.703 años (1); un período tan enorme, que al mentarlo no hago más que proferir palabras, las cuales no llevan idea alguna á la mente humana, como no sea la de una antigüedad ilimitada.

(1) *La Doctrina Secreta*, II, 72 y nota.

Retrocediendo hacia este remoto pasado vemos, empleando el magnífico símil de Manu, á Ishvara apareciendo como una montaña de luz para iluminar las tinieblas. No existen palabras mejor apropiadas que éstas para dar una idea del amanecer de un nuevo universo. Las palabras son casi obstáculos en el camino de la comprensión de la vaga idea de la aparición de la luz en medio de las tinieblas insondables. Este es el símil que escogió el Creador de la humanidad cuando quiso describir á los hombres el amanecer de un sistema solar. Luego se nos dice—y nosotros sólo podemos repetir respetuosamente lo que se nos dice—que Ishvara se desarrolla en una triple manifestación, en tres formas, y de esta maravillosa luz vemos surgir en prodigiosos y magníficos contornos tres poderosas y divinas formas. Estas formas son los poderes, los aspectos de Ishvara, las cuales deben manifestarse en el futuro universo. Ishvara es quien crea, quien conserva y quien destruye cuando se aproxima el fin del sistema. Al uno en tres formas, ó al tres, cuya esencia es una, podemos llamarlo como bien nos plazca. Nosotros percibimos confusamente en tres upâdhis lo que aparece con el objeto de obrar; pero esto no divide á la conciencia, que todo lo comprende y abarca, la cual anima las tres formas. A estas prodigiosas formas les damos el nombre de LOGOS, empleando este término griego, que significa la PALABRA, debido á que la idea de sonido expresa mejor los incalculables poderes de la deidad manifestada, sonido que crea, conserva y destruye. Al presente, esta triplicidad aparece en todas las religiones, excepto acá y allá, en donde por causas accidentales y de poca monta no ha sido todavía clara y definitivamente aceptada. Retroceded á la lejana Caldea; estudiad en los exhumados restos de las abiertas tumbas del desolado Egipto los secretos que sus momias os revelan, y en todas partes, del mismo modo que en los Shâstras Indos, véis surgir el tres del uno, uno en la divinidad de su naturaleza, tres en sus poderes manifestados.

Luego, en torno de esta brillante Trimûrti, vemos, permaneciendo en la luz que procede de ella, á los frutos de pasados universos, esto es, á aquellos que han conseguido elevarse á esta maravillosa altura espiritual; y las próximas formas que confusamente vislumbramos en medio de esta luz son de aquellos que son llamados los Siete. Las palabras descriptivas, los

nombres dados á este número, los Siete, difieren en las diversas religiones. El Indo habla de los siete hijos de Aditi—el octavo fué Mârttânda, el sol, teniendo cada hijo, ó Aditya, su particular «casa» propia. Han sido llamados los Siete Espíritus del Sol; los siete Dioses del Misterio fué su nombre en el antiguo Egipto. En la religión de Zoroastro eran llamados los siete Amshaspends. Entre los judíos, ellos son los siete Sephiroth; entre los cristianos y mahometanos, ellos son los siete arcángeles. Los nombres no tienen importancia alguna. Lo importante es que todas las religiones los presentan como permaneciendo en torno de la Trinidad manifestada, siendo los virreyes, por decirlo así, de Ishvara en el vasto imperio del sistema solar, teniendo cada uno su propio reino, y administrando cada uno su propio y particular departamento. Los teosofistas les damos el nombre de Logos Planetarios, porque estos Siete Espíritus del Sol han sido constantemente identificados con los siete planetas sagrados, los cuales son sus cuerpos físicos. Estos planetas, en su forma externa, son globos aquí, algunos de los globos que forman nuestro sistema solar, pero en su naturaleza espiritual son los poderosos hijos de Aditi, cada uno de los cuales posee su propia casa, esto es, su planeta particular, gobernando en su propio reino un departamento definido del universo solar. En torno de estos hijos de Aditi, en un más amplio círculo, existen además los grandes séres, las jerarquías creadoras, ó las doce Ordenes creadoras del universo. Cada una de estas Ordenes está presidida por uno de los doce grandes dioses que se mencionan en todas las historias antiguas, aparaciendo grandes y magníficos desde la gran distancia en que ellos moran. Estos dioses están simbolizados en los familiares signos del Zodíaco, pues el Zodíaco no es una invención moderna, sino que fué legado á la cuarta raza por los grandes instructores, y en vuestros propios anales podéis leer los nombres de algunos de ellos, uno de los cuales, Asuramaya, es conocido como el primero de los grandes astrónomos; él fué quien dió los Zodíacos al Egipto y á la India. Estos círculos astronómicos son los símbolos, los cuadros sobre los cuales está escrito el plan del sistema solar, y en las tradiciones del pasado hallamos el norte y guía para salir del laberinto, y comprendemos por qué se nos dice que un planeta «rige», ó es el señor de uno de los signos del Zodíaco, puesto que el planeta

es el espíritu planetario, y su signo del Zodíaco es una de las grandes jerarquías creadoras, la cual contiene en sí misma á las restantes jerarquías como subjerarquías, y éstas, bajo su gobierno y dirección, construyen su reino y ayudan á evolucionar á las Mónadas que en él se hallan. Si tenéis esto en cuenta, este cuadro, aunque sorprendente, no se os hará confuso y de difícil comprensión. Primero aparece la gran Trinidad; en torno de esta Trinidad, los siete espíritus, que son sus virreyes en su universo; en torno de estos espíritus, las doce jerarquías creadoras, cuya misión es construir el universo. En la presente etapa de evolución, de estas doce jerarquías creadoras, cinco de ellas han desaparecido del alcance de la vista de aun los más grandes y más desarrollados instructores de este mundo; cuatro de ellas han alcanzado la liberación, y una está tocando los umbrales de la misma. Así, pues, y por lo que á nuestra particular evolución se refiere, sólo tenemos que ver al presente con siete de ellas, las cuales afectan, por decirlo así, á nuestro fragmento deífico, la porción de Ishvara (1), el Jîvâtmâ, el sér viviente, que pronto veremos que en su naturaleza más espiritual y elevada es una parte integrante de una de estas jerarquías. Tratemos de obtener un vislumbre de las principales características de ellas, puesto que nos es indispensable describirlas por muy imperfectamente que lo hagamos, á fin de que no aparezcan completamente confusas á nuestros ojos, cegados por la esplendorosa luz en la cual moran.

Primero viene la Orden que únicamente se puede describir por medio de palabras relacionadas con el fuego; se los llama Hálitos Igneos Informes, Señores del Fuego, Llamas Divinas, Fuegos Divinos, Leones de Fuego, Leones de Vida; nombre tras nombre, epíteto tras epíteto, refiriéndose todos á los atributos del fuego, pues se ha escrito que ellos son la vida y el corazón del universo, el Atmâ, la voluntad kósmica, pues por medio y á través de ellos pasa el rayo divino de Paramâtma que despierta Atmâ en la Mónada del hombre.

Por debajo de ellos está la segunda gran jerarquía, doble en su naturaleza, las «dobles unidades», fuego y éter, la razón manifestada, la sabiduría del sistema, lo que llamamos Buddhi Kósmico, lo que despierta Buddhi en la Mónada del hombre.

---

(1) «Una porción de mí mismo, un sér viviente», *Bhagavad Gîtâ*, XV, 7.

Por debajo de éstos está la tercera, Mahat, ó Manas Kósmiko, las «Triadas», fuego, éter, agua, la actividad kósmica, que también vierte una parte de su esencia sobre la Mónada del hombre á medida que éste desciende.

Estas son las Ordenes creadoras Arûpa, las cuales moran en una materia demasiado sutil para asumir una forma limitada, materia en la cual todas las «formas» están entremezcladas y se compenetran mutuamente.

Más abajo de estas Ordenes hay las Ordenes creadoras Rûpa, y la primera de ellas, la cuarta entre las jerarquías, es la nuestra, la jerarquía de las Mónadas humanas que, sin embargo, no han abandonado el seno de nuestro Supremo Hacedor, en donde en realidad permanecemos constantemente inseparables de El, aunque á nosotros, supeditados como estamos por las férreas mallas de la materia, se nos figura que somos distintos y que estamos completamente separados. Nosotros podemos percibir confusamente que estas Mónadas están allí, en la gloria de su origen, junto con una «determinada individualidad espiritual» que, según se ha escrito, se separa cada vez más y más en los planos inferiores. Después que hayamos concluído el imperfecto bosquejo de las siete grandes jerarquías, lo cual nos proporcionará una ojeada á vista de pájaro del conjunto de nuestro tema, volveremos á ocuparnos de las Mónadas. Los llamados Jîvas Imperecederos son la cuarta de las siete Ordenes creadoras—no de las doce—con las cuales estamos relacionados. Luego siguen las tres últimas Ordenes, que contienen una gran parte de lo que ya ha evolucionado en nuestro esquema planetario en pasados Kalpas, y de las cuales podemos saber algo más, puesto que están relacionadas con nuestra especial evolución.

La quinta jerarquía es llamada la de Makara, y tiene por símbolo el pentágono. En éste aparecen los aspectos duales espirituales y duales físicos de la naturaleza, los positivos y los negativos en lucha entre sí; estos últimos son los turbulentos, los «rebeldes» de un gran número de mitos. Pronto tendremos bastantes datos acerca de estos rebeldes, los cuales son llamados los Asuras, nacidos del primer cuerpo de Brahmâ, el cuerpo que, rechazado, se convirtió en tinieblas. Una gran hueste de séres de esta jerarquía proceden de un pasado universo, y surgen en su completo desarrollo, por decirlo así, del Logos

Planetario. Estos séres parece que también son llamados Asuras, y pertenecen á este universo por su evolución, pero nosotros estamos especialmente relacionados con los nacidos del cuerpo de Tinieblas. Estos son séres de un gran poder y conocimiento espiritual, pero llevan profundamente oculto en sí mismos el germen, la esencia de Ahamkâra, de aquella que yo creo que constituye la facultad que es necesaria para la evolución humana. Ellos son el fruto de la primera cadena planetaria, palabra ésta que se hará más familiar y comprensible á medida que prosigamos en nuestro estudio.

(Continuará.)

EL PROBLEMA DE LA VIDA
Y SU DESARROLLO

La palabra «Vida» incluye á todos los séres que de un modo ú otro, y en un grado mayor ó menor, son capaces de sentir, y los modos de sentir son infinitos en la Naturaleza.

La vida se manifiesta en los dioses que nuestra imaginación percibe más allá de los mundos físicos; se manifiesta en los hombres, en los animales, en las plantas y hasta en la roca que crecè y se desarrolla en las entrañas de la tierra. Los dioses sienten de un modo más vívido y más amplio que los hombres; los hombres sentimos más vívidamente que los animales, los animales que las plantas, las plantas que la roca. Sin embargo, la vida que se halla encerrada y vive en la roca, es la misma vida que anima á las plantas, á los animales, á los hombres y á los dioses, y la sola diferencia que hay entre la vida que anima á las diversas clases de séres es que la que anima á la roca está menos desarrollada que la que anima á la planta; la de la planta lo está menos que la del animal; la del animal que la del hombre, y la del hombre que la que anima á los dioses. En la Naturaleza todo consiste en un proceso gradual de evolución y desarrollo que se verifica con el concurso del tiempo, de modo que la vida que se desarrolla en la roca principió su evolución en ella muchos millones de años después que la que se desarrolla en la planta, la de la planta muchos millones de años

después que la del animal, la del animal que la del hombre y la del hombre que la de los dioses. Por lo tanto, nosotros que ahora somos hombres, ó mejor dicho, nosotros que ahora estamos revestidos de una forma humana, hemos animado antes y por gradación sucesiva formas animales, vegetales y minerales, y más adelante, cuando hayamos realizado un progreso que al presente ni siquiera podemos concebir, entonces animaremos las formas de las cuales están al presente revestidos los dioses. Esto, que quizá podrá parecer á primera vista una cosa maravillosa y como un cuento de hadas, no es más que un proceso natural que lo vemos y tocamos en todos los instantes de nuestra vida. Efectivamente, en torno nuestro vemos una infinita gradación de progreso en las criaturas que nos rodean y en nosotros mismos. Vemos que el mineral progresa y se convierte en una planta; que la planta se convierte en un animal, y que el animal llega á las fronteras del reino humano, de modo que apenas es distinguible un mono inteligente del hombre salvaje. Existen formas que podemos llamar de transición que participan de la naturaleza del mineral y del vegetal, de la naturaleza vegetal y del animal, y de la naturaleza del animal y de la del hombre. A medida que la vida se desarrolla, anima cada vez formas más perfectas y complicadas, y al pasar á través de ellas adquiere las experiencias que dichas formas pueden proporcionarle. Cuando la vida ha adquirido las experiencias que puede proporcionarle el reino mineral, pasa entonces al vegetal, del vegetal pasa al animal y del animal al hombre. Si la vida no pudiese animar formas cada vez más complicadas y perfectas, quedaría detenida en su desarrollo, por cuyo motivo la Naturaleza, siempre pródiga y previsora, le proporciona todos los medios para que pueda desenvolverse y progresar. El grado de desarrollo alcanzado por la vida se conoce por la forma más ó menos complicada y perfecta que anima. La vida está más desarrollada y es más capaz de sentir en el vegetal que en el mineral, más en el animal que en el vegetal, más en el hombre que en el animal y más en los dioses que en el hombre. El poder de sentir que tiene la vida está supeditado á la forma que habita. La sensación que la vida experimenta cuando se halla encerrada en el mineral es apenas perceptible, pero cuando después de haber animado al mineral pasa al vegetal, entonces su poder de sentir aumenta algún tanto. La vida, en tanto anima

al mineral y al vegetal, sólo siente en mayor ó menor escala, pero cuando llega al reino animal no solamente siente en un grado mayor que en el vegetal, sino que además percibe y tiene deseos, y cuando alcanza el reino humano añade al poder de sentir, percibir y desear, el inapreciable don de la conciencia razonadora. Cuando la vida anima un cuerpo perteneciente al reino de los dioses, posee otras facultades además de las que posee el hombre, pero estas facultades, nosotros, los hombres que constituímos la masa común humana no sabemos cuáles son. Por encima del reino de los dioses hay además otros reinos más elevados todavía, pero estos reinos ni siquiera podemos conjeturar lo que son.

El vehículo de que se sirve la vida para progresar debe ser proporcional al desarrollo que esta vida ha alcanzado, del mismo modo que la sutileza y perfección del instrumento debe ser proporcional á la habilidad del artista que lo emplea, pues de lo contrario dicho artista no podría demostrar sus habilidades. Si á un buen músico se le da un instrumento cascado, por mucha que sea su destreza y habilidad, no podrá sacar del mismo más que notas cuya melodía será muy mediocre. Así, pues, la vida anima primero el reino mineral, luego el vegetal, después el animal y más adelante el humano, y así sucesivamente á otros reinos más elevados que desconocemos pero que podemos deducir que deben existir, puesto que si el hombre ve que existen séres que le son inferiores, también puede y debe suponer, apoyándose en la lógica y en la razón, que deben existir otros que le son superiores.

El hombre no es el REY de la creación, como en nuestra ignorancia y presunción suponemos, sino que sólo es una criatura relativamente desarrollada que en la etapa actual del progreso infinito ha obtenido la conciencia de sí mismo, y aun esta conciencia de sí mismo es bastante rudimentaria en la mayoría de los séres humanos. Siendo la escala del progreso infinita, existen por ende en ella grados infinitos de progreso, de modo que podemos considerar que desde el mineral al vegetal media un grado de progreso; desde el vegetal al animal otro; desde el animal al hombre otro grado, y desde el hombre á los dioses otro grado también, y así sucesivamente hasta el infinito. El hombre no es, por lo tanto, el fin y remate del objetivo que se ha propuesto la Naturaleza al formar los mundos y las formas

para que sirvan de instrumento al desarrollo de la vida, sino que sólo es una criatura que al presente ha llegado al séptimo grado ó peldaño de la escala infinita del progreso. Decimos séptimo peldaño porque, según nos enseña la Teosofía, la vida anima tres reinos que llama elementales antes de animar el reino mineral, de modo que estos tres reinos elementales, unidos á los reinos mineral, vegetal, animal y humano, constituyen los siete peldaños de que hablamos, seis de los cuales ha recorrido ya la vida cuando se halla en el reino humano, y el séptimo que está recorriendo al presente. La vida principia, pues, su progreso en tres reinos elementales, de los cuales la ciencia ordinaria no tiene noción alguna al presente porque los estados de materia de estos reinos hace muchos millones de años que dejaron de ser en el universo que habitamos. Sin embargo, esta misma ciencia acepta, ó por lo menos lo aceptan algunos de sus representantes, que los mundos que ahora son materia sólida, fueron antes materia ígnea, y aun antes de ser materia ígnea fueron materia gaseosa, nebulosa, etérea, y así sucesivamente hasta llegar á un estado tan tenue y sutil que nuestras percepciones y concepciones ni siquiera pueden conjeturarlo. Ahora bien; en estos lejanos tiempos, cuando nuestro universo solaz, compuesto de tan gran número de planetas, no era más que una nebulosa, entonces la vida principió á desarrollarse en él pasando á través de estos reinos elementales, hasta que en el decurso de los tiempos la materia nebulosa fué solidificándose y adquirió gradualmente una dureza y consistencia de la que al presente no tenemos noción alguna. Efectivamente; la materia que constituye nuestro mundo ha sido primero de una tenuidad al presente inconcebible para nosotros; luego fué endureciéndose paulatinamente hasta llegar al punto álgido de su dureza, y una vez hubo alcanzado este punto, principió á reblandecerse otra vez, y como quiera que ahora nos hallamos en el ciclo del descenso ó reblandecimiento de la materia, por esto decimos que no tenemos noción alguna de la dureza y consistencia que adquirió en edades pasadas.

Sea como quiera, la vida principia su evolución pasando primero por tres reinos elementales, en los cuales anima formas compuestas de materia elemental, ó sea de materia que, por decirlo así, no ha llegado todavía á su madurez ó pubertad, y luego pasa, como hemos dicho, á través de los reinos

mineral, vegetal, animal, humano, dévico, angélico, etc., etc.

Por lo que se ha dicho se verá que el desarrollo individual tiene un principio pero no tiene fin. En cuanto al desarrollo Kósmico ó general no puede haber tenido princio ni puede tener fin. No podemos imaginar ni suponer que el desarrollo Kósmico haya tenido un principio; no podemos imaginar tampoco que haya habido un primer Kosmos y que antes de este primer Kosmos no existía nada; no podemos imaginar que el Tiempo haya principiado alguna vez ó que el Espacio tenga límites. El Tiempo y el Espacio constituyen la dualidad en donde yace oculto lo para siempre Incognoscible. En el Tiempo y en el Espacio se halla oculto el enigma de la Eternidad.

Ahora bien; cuando la vida alcanza el séptimo peldaño de la escala del progreso obtiene la conciencia de sí misma, y esta conciencia es la que constituye al sér humano. Poseyendo el sér humano el inapreciable don de la conciencia que razona y distingue, se halla en el caso de comprender el bien y el mal, y entonces puede elegir y practicar el uno ó el otro. Mientras la vida recorre los seis primeros peldaños de la escala del progreso, la Naturaleza guía sus pasos, pero al llegar al séptimo peldaño adquiere la facultad y la libertad de tomar su desarrollo y progreso en sus manos, y de esta suerte puede acelerarlo. Así, el progreso humano se verifica por medio de dos factores; por medio del impulso que las leyes de la Naturaleza le prestan, y por el impulso voluntario que el hombre puede prestarle. Prestar este impulso al progreso humano ha sido y es la misión de todas las filosofías basadas en el verdadero conocimiento de las leyes naturales é inmutables, por cuyo motivo la Teosofía ó Sabiduría Divina, que es la suma de todos los conocimientos que el hombre ha conseguido adquirir en el decurso de las edades, y aun mucho más que ésto, se ha esforzado en diferentes períodos del mundo, y se esfuerza en la actualidad, para enseñar al hombre el camino que puede conducirle á puerto seguro, así como le explica de dónde viene, en dónde está y á dónde va. Le dice que su porvenir lo tiene en sus manos, y que no es hijo de la casualidad ni de la fatalidad, sino que es hijo de una ley justa é inmutable que jamás tuvo principio ni jamás tendrá fin.

Algunas de las razas humanas que actualmente pueblan la tierra han alcanzado un punto de desarrollo en el cual es posible hablarles con cierta claridad. Un gran número de sus indi-

viduos han alcanzado un grado de intelectualidad y hasta de moralidad que les hace aptos para comprender y asimilarse ciertas verdades que hasta ahora sólo eran patrimonio de un número reducido de personas escogidas. Divulgar estas verdades es el objeto que la Teosofía se ha propuesto actualmente; y si la presente generación escucha sus enseñanzas, tenemos la completa seguridad de que con ello reportará un gran beneficio. La Teosofía le dice y puede probarle al hombre—si él se toma la molestia de indagar y de estudiar—que es un sér inmortal, y que por lo tanto no es el cuerpo de carne y hueso, sino que es un algo de una naturaleza infinitamente más elevada que la grosera materia que constituye el cuerpo que se destruye y desintegra con la muerte.

El hombre es un sér que cuando menos se puede considerar como una dualidad (la Teosofía dice que es un sér septenario), y esto, cualquiera que se tome el trabajo de reflexionar un poco, puede comprobarlo ó á lo menos deducirlo por sí mismo. Efectivamente: cuando cometemos una mala acción sentimos el aguijón del remordimiento; cuando, por ejemplo, llevamos á cabo algún acto que redunda en perjuicio de nuestro prójimo y en beneficio nuestro, sentimos remordimiento en vez de sentir satisfacción, como así debiera suceder, puesto que con dicho acto pecaminoso hemos conseguido lo que deseábamos. ¿Quién es ese algo misterioso que desde el fondo de nuestro corazón nos acusa y nos dice que hemos obrado mal? Del acto pecaminoso llevado á cabo hemos sacado un provecho inmediato. Quizá hemos conseguido apoderarnos de una respetable cantidad de metálico con lo cual podremos obtener la consideración y el respeto del mundo, así como la perspectiva de un risueño porvenir, pues en este bajo mundo el dinero proporciona toda suerte de placeres y comodidades. Así, pues, sólo alegría y satisfacción deberíamos sentir, y nos deberíamos felicitar de haber sido bastante astutos y sagaces por haber sabido llevar á cabo un acto que tales bienes nos ha proporcionado. Sin embargo, sucede todo lo contrario. El asesino tiene fija en su mente la expresión de horror y de espanto que se retrataba en el rostro de su víctima en el momento en que el puñal homicida le arrebató la vida, y en sus oídos resuenan quizá constantemente los gritos de desesperación lanzados por esta misma víctima cuando huía y procuraba evitar los golpes del matador. El la-

drón percibe la silueta de la víctima despojada á cada vuelta de calle y en todas las personas que se le acercan ó preguntan por él, y por doquier y á cada instante el hombre que ha obrado mal siente que alguien le persigue y le pide rigurosa cuenta de su criminal proceder. ¿Qué es, repetimos, ese algo que desde el fondo de nuestro corazón nos acusa de que hemos obrado mal? Es nuestra conciencia, es nuestra vida, es nuestro verdadero yo completamente distinto del cuerpo de carne quien nos acusa. Si el hombre sólo fuera el mero armazón que llamamos cuerpo físico, entonces no habría motivo para que experimentara ninguna clase de pesar por haber realizado un acto que al cuerpo sólo le ha producido beneficios, puesto que ahora con el dinero ilícitamente adquirido, el cuerpo se nutrirá mejor, tendrá que trabajar menos y disfrutará, en fin, de toda suerte de comodidades y consideraciones sociales, todo lo cual le proporcionará una perspectiva por demás halagüeña. Sin embargo, esto no sucede así, como lógicamente sucedería si el hombre fuese el mero cuerpo físico, pues vemos, por el contrario, que en él se manifiesta con toda evidencia una dualidad, esto es, un acusador y un acusado. De este acusador y justo juez nadie puede escapar, como sucede con harta frecuencia de los jueces humanos, puesto que el hombre lo lleva siempre consigo. La mayor parte de las faltas y hasta de crímenes de cierta naturaleza que los hombres cometemos acá en la tierra, la justicia humana no los castiga ni puede castigarlos porque no los ve ni puede verlos, y otros no quiere percibirlos porque tendrían que castigarse á sí mismo.

Veamos ahora lo que le sucede al hombre cuando obra bien, ó sea cuando obra según los dictados de este justo juez que se llama su conciencia. Cuando el hombre lleva á cabo una buena acción siente el beneplácito y la aprobación de su conciencia, aun cuando esta buena acción perjudique sus intereses materiales. Un hombre se sacrifica en bien de los demás y á veces sufre graves perjuicios é injustas persecuciones por defender una causa justa, á pesar de lo cual siente en el fondo de su corazón una satisfacción íntima que en parte neutraliza y mitiga el pesar y la amargura que experimenta al verse perseguido por la justicia de sus obras. Si el hombre no es más que el mero cuerpo físico, ¿de dónde procede esta íntima satisfacción que experimenta? Este hombre sólo debería sentir pesar á causa de

los quebrantos y sufrimientos que se le infligen, á pesar de lo cual no hay ningún hombre ó mujer dotados de una mediana moralidad que no sepa que esto no es así. Su cuerpo y sus intereses pueden sufrir y sufren quebranto, pero su yo verdadero se siente dichoso y satisfecho de haber realizado una buena acción. Aquí la dualidad del hombre queda claramente evidenciada. El cuerpo sufre, pero el alma goza. El cuerpo sufre por haber recibido quizá una grave herida al intentar y haber conseguido librar de la muerte á un semejante suyo, y en medio del dolor que el cuerpo experimenta, el alma goza al pensar en la heróica acción realizada, que ha dado por resultado la salvación de una ó más vidas humanas.

Otro ejemplo presentaremos para demostrar que el hombre es, cuando menos, una entidad dual.

Durante el sueño se desarrollan ante nuestra imaginación escenas de una naturaleza tan ridícula y absurda que cuando despertamos excitan nuestra hilaridad, y estas ridículas y absurdas escenas se repiten cada dos por tres y durante toda nuestra vida terrena. ¿A qué causa obedecen estos sueños ridículos y absurdos? A nuestro modo de ver no es difícil hallarla. Cuando nos dormimos nuestro yo pensante y discernidor se separa, ó por mejor decir, se aleja temporalmente del cuerpo (puesto que la verdadera separación sólo tiene lugar cuando llega el trance de la muerte), y entonces éste se halla en la misma situación del idiota ó loco á quien las cosas más absurdas y ridículas le parecen verosímiles y naturales. Una vez el yo pensador se ha alejado del cuerpo, el cerebro es á manera del bajel sin brújula y sin piloto que lo dirija, por cuyo motivo vaga de acá para allá y pasa con la mayor facilidad desde una á otra situación, por muy antagónicas é intempestivas que estas situaciones sean. A esto son debidos, según creemos, estos sueños extravagantes y ridículos. Si el hombre fuese el mero cuerpo físico no soñaría, y al despertar se pondría en movimiento—si es que esto fuese posible—del mismo modo que el reloj que está parado se pone en movimiento tan pronto como se le da cuerda. Para soñar es necesario que el yo pensante no se haya separado por completo del cuerpo, así como para dormir es necesario que este yo pensante se haya alejado temporalmente de su vehículo físico. El mero hecho de que un hombre se duerma significa que algo se ha alejado de él. El sueño no es posible si

el yo pensante no se aleja del cuerpo. El cerebro está presente, pero la entidad pensante que ha de servirse de él se ha alejado, y el cerebro no puede pensar por sí mismo, de la propia suerte que un instrumento musical no puede producir nota alguna sin el artista que le maneja.

Cuando algún asunto grave nos preocupa no podemos conciliar el sueño. En este caso nuestra mente compara, analiza y deduce lo que podrá suceder si obramos en éste ó en el otro sentido; pero para hacer esto el pensador debe estar presente, por cuyo motivo no puede tener lugar el fenómeno que llamamos sueño. Sólo cuando rendido de fatiga se aleja el pensador, sólo entonces conseguimos dormirnos.

El cuerpo físico es una armazón, estructura ó máquina como otra cualquiera. Esto, según creemos, nadie podrá negarlo, si bien es, quizá, y sin quizá, la más complicada y perfecta de todas las máquinas que actualmente nos son conocidas, aun cuando hemos de suponer, si queremos ser lógicos y razonables, que en el Universo deben existir otras estructuras ó máquinas mucho más complicadas y perfectas que el cuerpo humano. Sea como quiera, el cuerpo humano no es más que una mera máquina, y como tal la debe tener quien la ponga en movimiento como les sucede á las demás máquinas, así á las que son menos perfectas que ella como á las que lo son más. Pues bien; la entidad que pone en movimiento á la máquina humana es el sér pensante, el hombre real, la vida, el artista, en fin, que se sirve de su instrumento para producir las notas más ó menos perfectas y armoniosas que su capacidad le permite.

Reflexionen acerca de los puntos que hemos tratado los hombres que se precien de pensadores, que si así lo hacen creemos que no ha de serles difícil comprender, ó á lo menos aceptar en principio, que lo que venimos diciendo tiene, cuando menos, muchas probabilidades de ser exacto, aun cuando para nosotros es de todo punto indudable que el hombre no es sólo el mero cuerpo de barro, sino una entidad inmortal que está destinada á progresar eternamente.

Hemos expuesto sinceramente nuestra opinión referente al Problema de la Vida y su Desarrollo—si bien hemos de confesar que lo hemos hecho por modo muy sucinto é imperfecto, puesto que para tratar debidamente este asunto se necesitarían volúmenes enteros y una mano más hábil y experta que la

nuestra—, aun cuando no ignoramos que nuestra sinceridad dará, quizá, motivo para que alguien nos tilde de ilusos, chiflados y locos, que son los epítetos con que demasiado á menudo se moteja á los que de buena fe buscan la verdad, epítetos que nosotros podríamos devolver con tanta y aun con mayor razón á los que con tan poco miramiento nos tratan, puesto que al fin y al cabo los que sustentamos que el hombre es un sér inmortal y que en la Naturaleza hay una Ley inexorable á la cual nadie puede escapar, lo hacemos en virtud del asiduo y paciente estudio que de estas materias hemos hecho, en tanto que aquellos que nos denigran es más que probable que no se han ocupado de estos asuntos, por cuyo motivo no se hallan en condiciones de poder negar ni afirmar lo que haya de falso ó de verdadero en ellos. Pero nosotros, fieles á nuestros principios, nos guardaremos muy mucho de tratar á nuestros antagonistas del modo inconsiderado con que ellos nos tratan, pues, en honor de la verdad, creemos que no se merecen tales calificativos. Si ellos son injustos para con nosotros, nosotros no debemos, no queremos serlo para con ellos. Sólo diremos que los que nos tratan de chiflados y de locos son personas que no han podido ó no han querido estudiar un asunto al que nosotros hemos consagrado todas nuestras energías y nuestra vida entera porque lo consideramos digno de ello. Tenemos la más completa seguridad de que si estas personas se hubieran dedicado al estudio del Problema de la Vida con la sinceridad que debe caracterizar á todo investigador imparcial y de buena fe, hubieran visto y hallado lo mismo que hemos hallado y visto nosotros; pero dichas personas no han querido ó no han podido hacerlo, por cuyo motivo se hallan en la más completa ignorancia referente á un asunto de tan capital interés.

¿Qué provecho derivamos los hombres de ridiculizarnos y denigrarnos mútuamente con palabras gruesas y epítetos malsonantes? ¿No valdría más que aunáramos nuestros esfuerzos y que los dedicáramos á sondear los arcanos de la Naturaleza? Profiriendo frases incultas y de pésimo gusto no se resuelve ningún problema ni se va á ninguna parte. Por el contrario, estudiando es como se consigue aclarar algo el enigma de la vida, pues sólo por medio del estudio y del trabajo se puede obtener el saber y el conocimiento, que es el origen del bienestar y de la felicidad.

Así, pues, nosotros no diremos que aquellos que sustentan teorías contrarias á las nuestras sean visionarios ó locos, sino que nos concretaremos á decir que la inmensa mayoría de los hombres somos bastante tontos y muy ignorantes. Somos bastante tontos porque no sabemos comprender en qué consisten nuestros verdaderos intereses, puesto que en vez de buscar lo que es verdadero, lo que no puede perderse, nos entretenemos y perdemos lastimosamente el tiempo yendo tras lo que es ilusorio y que debemos perder sin remedio; y somos muy ignorantes porque no queremos consagrarnos al estudio del Universo que nos rodea y, sobre todo, al estudio de nosotros mismos.

La Luz de la Verdad brilla constantemente sobre la cima de la Eterna é Inmóvil Montaña de lo Imperecedero; mas la Luz no puede venir hacia nosotros, sino que nosotros debemos marchar hacia la Luz.

Alfonso TORNADO

SUDOR DE SANGRE

Hay pocos momentos del mundo tan solemnes como aquel en que Jesús, solo ante el Padre, bajo la noche siniestra y los árboles silenciosos del huerto, sintió entristecerse hasta la muerte aquella su alma, en comparación de la cual fuera sombra y nada el esplendor de los universos.

Cumplíanse los tiempos de la gran prueba. La ley de salvación iba á imponerse de nuevo con sangre. Aquel martirio se multiplicaría en los siglos por catorce millones de martirios, sólo para lavar la podredumbre de Roma, Jesús había nacido ciudadano de Roma, el imperio del egoísmo, y era su pueblo el pueblo judío, el pueblo de la expiación, y había emigrado cuando niño á Egipto, la tierra de la angustia. Su sacrificio importaba, pues, según la aproximación de los textos, la expiación del egoísmo por la angustia. Esta es, á no dudarlo, la palabra significante de la Pasión. No es el dolor lo que entristece el alma de Jesús en el huerto y en el calvario: es la angustia. Porque Jesús sabe que su sacrificio no bastará; que su cruz gravitará sobre la espalda de cada hombre, que él no había hecho sino

aumentar el peso de la expiación, y que el único resultado de su predicación y de su muerte será haber definido esa expiación con una palabra que romperá para siempre el silencio espantoso de las pasadas edades.

¡El silencio! He aquí la bóveda de hierro bajo la cual se debate el espíritu del antiguo mundo. En aquellos trágicos días nadie recordaba ya. La clave de las profecías habíase extraviado. El hocico de la loba asomaba por todos los resquicios de los santuarios. Hay de ello una prueba asombrosa: Josefo, el minucioso cartulario de su raza en agonía, guarda silencio respecto á Jesús y al cristianismo, cuando en Jerusalén debían existir al lado suyo muchos contemporáneos del Nazareno. Nada ilumina su memoria, ni siquiera el conocimiento de que los soldados romanos *vendían treinta judíos por un dinero*. En todo el imperio enorme no hay más que un ciudadano con noticias de Jesús. Sabe que llora mucho y que nunca ríe. He aquí todo; Pilatos le ha supuesto un loco inofensivo atacado por el delirio de la profecía, enfermedad común entonces.

Había una razón para que el mundo antiguo no le oyera: Jesús era ininteligible. Si hubiera hablado únicamente de verdad, le hubieran entendido, pues comprendían á Apolonio el pitagórico. Si hubiera predicado la resignación le hubieran escuchado, pues oían á Séneca el estóico. Pero Jesús hablaba de caridad y esta palabra no tenía sentido. Era sinónimo de amor, de celo, de ternura, de amistad, de afición, de benevolencia. Así la conocían los autores, pero Jesús no la tomaba en tales sentidos. En su lenguaje, ella significaba el conocimiento de la solidaridad en el dolor, es decir, el espíritu de justicia. ¿Podía entenderla el mundo romano creado por el egoísmo y la violencia? Fué necesario que Pablo la llamase claramente la mayor de las virtudes teologales. Antes lo habían entendido de corazón los desheredados y los mendigos; y como entenderlo equivalía á asumir el espíritu de Jesús, Jesús, alejándose, permaneció en ellos. Por esto el concepto cristiano, la idea de Dios no puede ser otra que la de un Dios infinitamente pobre y obligado. Consolar á Dios. He aquí el secreto admirable de la caridad. La palabra divina quedaba confiada á los mínimos en dignidad y en número. Los fuertes y los muchos permanecían en la sombra. He aquí por qué Jesús llora al realizar el más grande de sus actos de caridad: la resurrección de Lázaro. Va á pro-

nunciar su formidable *Veni foras* que propagará un estremecimiento en los mundos—y derrama lágrimas.

En el huerto suda sangre. Es humanamente imposible imaginar el estado de aquella alma, en cuyo seno el pasado, el presente y el porvenir constituian una sola actualidad. Sobre sus hombros pesaban todos los crímenes de la Historia. La maldad asiria rompiendo la unidad de las antiguas razas, confederadas en la paz y en las jerarquías teocráticas accesibles únicamente al conocimiento y á la virtud—llegaba á su máximo esplendor en el Imperio de los Césares. La serie septenaria de las antiguas virtudes, violentamente subvertida, se tornaba cadena opresora; el espíritu estaba asediado por el mal, que ante cada una de sus luminosas puertas ponía un vicio como legión, con un emperador por capitán.

Es la Soberbia con César, con Antonio disfrazado de dioses que tienen sacerdotes y altares; es la Avaricia jugando provincias con los dados de Calígula; es la Lujuria con Nerón y Heliogábalo; son la Cólera, la Gula, la Envidia, la Pereza royendo las almas de todos esos emperadores. Ahora bien; cuando el vicio impera, la tiranía es su consecuencia.

Pero la sociedad romana tenía esta otra mancha característica: la *usura*. En el exterior, era ella el punto de mira. En el interior el cáncer del pueblo. Los favoritos del privilegio hicieron girar siempre su política en torno de esa concupiscencia abominable. Cederán tal vez por un instante, pero jamás con buena intención. El destierro, el suicidio y el asesinato se encargarán de arrebatar bien pronto los privilegios cedidos en el momento del peligro. La familia Fabia irá al destierro por haber reclamado la ejecución de la ley agraria, y Caeso Fabio será abandonado al exterminio por el cónsul Menenius, en guerra heróica. El tribuno Genucius, que reclama lo mismo, perecerá asesinado. Terentillus Arsa ve su ley anulada por la tiranía de los decenviros. Valerius va á la roca Tarpeya y Dentatus muere asesinado. Spurius Maelius distribuye limosnas á los pobres hambrientos y Cincinato le manda asesinar. Y otros todavía: Posthumius, Menlius, Capitolinus, Tiberius, Grachus, Scipión, Emiliano, Drusus, todos asesinados por haber defendido el pueblo. ¡Todos víctimas de la usura y de la avaricia que enloquece á Roma!

Y después, la prolongación del crimen en los tiempos. La

caridad negada. La hipocresía llamándose filantropía para falsificarla. La imbecilidad disfrazándose con el dorado título de beneficencia, para explotar en provecho de su mezquino orgullo. Los pobres, los desheredados, renegando de ella por ignorar su divina significación, sin que una palabra se levante para decirles que la conquista del derecho no anulará la caridad, siendo ésta precisamente el abandono espontáneo del derecho en bien de otro, y teniendo así la más absoluta identidad con el heroismo.

Cristo, ininteligible para Roma, el imperio de la usura, será falsificado por los herederos del cesarismo. Aquel suplicio cuya perspectiva entumecía de horror las alas de los serafines, se multiplicaría cada hora, cada minuto, cada vez que un pobre fuera desoído.

¡Después de la espantosa carga de los siglos pasados, el horror inexpresable del porvenir! ¡Después de Asiria y Roma, el águila futura informe aún en su obscuro huevo!

Las estrellas oían pasar el huracán de aquella alma.

Y Jesús, angustiado ante la inmensidad, sudaba sangre!

¿Qué *quiere decir*, en la expresión absoluta de los símbolos, ese sudor sangriento?

La sangre de Cristo fué vendida por la traición. Su equivalente es el dinero. El dinero es el símbolo de la sangre de Cristo, y de ahí resulta su inaudita potencia. Cristo, el pobre por excelencia, se despoja enteramente de su sangre para consumar la redención, y sus herederos son los mendigos. A ellos hay que devolverles, entoces, la herencia á que tienen derecho.

El tremendo problema aventaja en claridad á los soles del firmamento.

El dinero constituye una responsabilidad terrible. Retenerlo es defraudar á Dios. Oprimir con él al pobre es ofender á la humanidad en Cristo; es hacer que Cristo haga daño; y esta culpa asume tales profundidades que su sombra causa horror á la eternidad. La limosna como la oración, que es también un acto de caridad, puesto que con ella se implora el bien de los hombres —influye sobre la voluntad y sobre la justicia de Dios, pudiendo atraer el perdón y la gracia. El perdón, porque la sangre de Cristo es el precio del rescate; y la gracia, porque significando

ella gratuidad, el hecho de dar gratuitamente obliga á la divinidad como una consecuencia.

¿Por qué es tan difícil la entrada del rico en los cielos? Porque el rico retiene más parte del precio del rescate. Porque si no ha dado todo, es deudor ante Cristo.

He aquí la significación de la sangre derramada. El sudor sangriento tiene una acepción más profunda: significa enteramente la expiación del egoísmo por la angustia, el consuelo del ingrato á costa de la propia amargura. Esas gotas de sangre son la reserva que Cristo apartó de la traición, son la propiedad misma del pobre. La angustia de Cristo era el convencimiento anticipado de las debilidades humanas en la obra expiatoria. Su sudor expresa también, entonces, el trabajo por realizar de las generaciones, pues como se sabe, su obra no fué una innovación, sino una continuación. Adam tiene que sudar igualmente de angustia para ganar su pan. Pero Adam esparce la culpa sobre las gentes, mientras Cristo la resume. Adam es el procesado responsable, Cristo es la víctima inocente. La obra del uno es de rehabilitación por el cumplimiento del deber, es decir, por el trabajo, y éste suda agua. La obra del otro es la redención por la caridad, es decir, por el martirio, y éste suda sangre. Cuando ya no tiene más sangre que dar, vierte agua de sus heridas, expresando así la totalidad de sus obras.

El sudor de sangre es, como he dicho, la propiedad del pobre, y éste, á su vez, tiene que darla. Pero no ya como restitución, sino como consuelo. La obra del pobre que hace caridad, tiene sus semejantes en el lienzo de Serafia y el ungüento de Magdalena. El alcance de esta obra es tal, que su cumplimiento debe repecutir como un terremoto de trompetas en las más inaccesibles eternidades. La hija que se prostituye en la angustia de su virginidad, para salvar al padre del hambre ó de la ruina, ejecuta una de esas obras. Fenómeno infinitamente más raro que el descubrimiento de una perla en el estómago de un bisonte. Consolar con la caridad, tomando la limosna únicamente como realización objetiva de aquélla, y haciéndola á pesar de la necesidad propia, es realizar el más sublime de los heroïsmos, resumir el amor de todos los tiempos y de todos los séres y resucitar por un instante el Paraíso en las tinieblas dolientes de la caída.

El óbolo de la viuda se impone aquí como un recuerdo.

El ejercicio de la caridad significa la permanencia del heroísmo. He aquí lo que Cristo exige y lo que es preciso darle. Digan lo que quieran los ridículos sensibilistas modernos, sobre su fórmula espantosamente hueca del bien por el bien mismo, la caridad tiene por objeto consolar á Dios en la persona del pobre. El bien por el bien mismo es el círculo vicioso de los lógicos, y en general, un concepto estéril. Se sabe que la caridad produce un premio, pero esto nada quita á la abnegación. Conocer una cosa no implica pretenderla, y pretenderla cuando se sabe que ello contribuirá á la gloria del género humano, es alejar toda idea de egoísmo. Como hay solidaridad en el dolor, la hay en la bienaventuranza.

Pero el fondo mismo de la caridad es el dolor, su doble concepto, de restitución y consuelo, se resume en esta palabra: salvación. Esto significa el solemne y magnífico simbolismo conque la liturgia decora la presente semana. El culto del pobre, objeto principal del cristianismo, tiene su expresión más profunda en esa angustiosa noche del huerto, cruzada por millares de arcángeles, que esperan la aparición de la siniestra aurora con las alas tendidas sobre Jerusalén.

Y el cuadro se reconstruye en cada espíritu, pues aquella tragedia está en cada hombre.

Las tumbas hostiles, que son los deseos satisfechos, reposan esperando un hartazgo de sangre. El egoísmo avanza con su antorcha en la mano, pronto á estampar el astuto beso que huele á zorra. Cerca, duermen las virtudes, fieles, pero cansadas de luchar. La sombra es espesa, pues la noche abunda en el alma. Y allá en el bosque profundo de la conciencia, cuya es la angustia, solo y dolorido, con su palidez de sol en agonía, está el eterno Jesucristo de las gentes, desamparado ante la inmensidad— sudando sangre.

Leopoldo LUGONES

REFLEXIONES

Contempla la miseria de tu semejante..... Tal vez se vió reducido á ella por una debilidad de su destino que él mismo engendrara... Tal vez obedeció á un concepto falso de una idea grandiosa, sublime. Tal vez á una sensibilidad enfermiza, originaria de un sentimiento delicado y profundo..... Considera también que así como del seno mismo impuro y repulsivo de lo desorganizado—obra de la *muerte*—surgen multitud de séres, larvas que serán crisálidas y luego mariposas, por la eficacia santificante y depuradora de la Vida, así también por la eficacia lustral de tan ruda depuración, en ese mismo hermano hoy caído brillará su Ego en lo futuro, rutilante como el metal precioso salido del crisol alquímico.

* * *

Y ahora fíjate en tu miseria y procura recibir—á modo de durísima roca—el continuado embate, el golpear furioso de las rugientes, kármicas olas. Contémplalas llegar con ímpetu creciente; estrellarse contra tu pecho de granito y retroceder murmurando, sepultándose, por último, en el seno frío, silencioso y transparente de su origen...... La roca permanece inmóvil, indiferente..... Su cúspide, que lavaron las olas, brilla en este momento como un espejo á los rayos del sol. Las olas desaparecieron en las profundas entrañas de donde surgieron..... ciñendo antes la pétrea cabeza de la roca con nimbo luminoso, con diadema irisada que aún luce como un astro, como una sonrisa prendida por el cielo en la pálida frente de la tierra, como una promesa segura de la inmortalidad.

* * *

No de otro modo la Ley—siempre justa, lúcida siempre, constantemente oportuna, en toda razón misericordiosa y buena—sabe extraer con mano próvida del fondo mismo de los dolores humanos, en donde hierven las lágrimas, mezcladas con los suspiros, en donde estallan los lamentos y las imprecaciones, á la vez que las plegarias, fondo que se oculta tras la pesada niebla de una amargura infinita, las irisadas, argentinas perlas que han de ceñir nuestra frente en tiempos mejores, engarzándolas en la triple diadema de la PAZ, la SALUD y la ALEGRÍA, que se fabricará en ignotos talleres por las manos inmaculadas de la FELICIDAD.

J. PLANA Y DORCA

LA GRAN PIRÁMIDE

(CONTINUACIÓN)

II. — LOS PRECURSORES

TENEMOS, pues, seguramente materia suficiente con esos datos de Madame Blavatsky, relativos á la formación de la nueva raza, para conocer perfectamente á los egipcios; pero para que el conocimiento sobre este punto sea tan claro y completo como puede ser posible, daré aquí todavía alguna noticia respecto de la emigración de los atlantes, según se consigna en una obra — *The Story of Atlantis* — muy dignos de tenerse en cuenta.

«Debemos referirnos ahora á Egipto, y la consideración sobre este punto ha de derramar un mar de luz sobre su historia más remota. Aunque el primer establecimiento en este punto no fuera una colonia, en el sentido más general de la palabra, de la raza tolteca, salió de ella la primer gran masa de emigrantes, designada á mezclarse con la raza salvaje y á dominarla. En primer lugar instituyó una gran Logia de Iniciados, próximamente hacia unos 400.000 años, mucho después de la gran edad de oro de los toltecas, y después también de haber acaecido el primer desastre terrestre. La degradación moral del pueblo, juntamente con la práctica de las «artes negras», estaba en su apogeo y era general. El Egipto estaba lejos y muy escasamente poblado. La fundación de un establecimiento semejante convenía por su situación, no sujeta á influencias contrarias á la Logia de Iniciados, que hizo su trabajo durante 200.000 años. Después de 210.000, cuando el tiempo fue propicio, la Logia Oculta fundó su imperio — la primera «Dinastía Divina» de Egipto —, y comenzó á instruir al pueblo. Entonces el primer gran núcleo de colonizadores acudió desde la Atlántida, y durante los diez mil años, que finalizaron con el segundo cataclismo terrestre, *fueron construídas las dos grandes pirámides de Gizch* (1) en parte para servir como salas permanentes de iniciación, y en parte como destinadas á lugar de custodia de alguna cosa, de algún talismán de gran poder contra las inundaciones, cuyo secreto supieron los iniciados que estaban más cerca.» (2)

---

(1) El que subraya es Mr. H. J. van Ginkel, autor de este trabajo.

(2) *The Story of Atlantis*, págs. 37-38.

No se dice más sobre este respecto en la obra que hemos citado, que pueda servir para nuestro propósito, pero quien tenga interés puede leer por completo tan interesante trabajo. Ahora bien; creo que con las dos grandes pirámides de Gizch no se debe confundir la *Gran Pirámide;* aquéllas se conocen como la de Kefren y la de Micerino. La primera fué construída, á mi entender, mucho antes de hace 400.000 años, como puede averiguar quien lea *La Doctrina Secreta* adonde remito al lector. (1)

Mr. Sinet ha tratado en su lectura *The Pyramid and Stonehenge* extensamente sobre esta cuestión de la población de Egipto (2), y no puedo hacer nada mejor que ofrecer un resumen de lo que él ha recogido sobre este particular de fuentes ocultas.

En primer lugar, un examen del origen de la historia de la civilización egipcia nos hace volver á la raza atlante. Hace cerca de un millón de años que esta raza fué la raza dominante y dominadora de casi todos los países habitados, aunque la mayor parte de ella viviese en el continente de la Atlántida. El mismo Egipto estaba habitado por un pueblo que se hallaba muy lejos de tal civilización.

Durante la decadencia de la Atlántida, los adeptos se alejaban, y con ellos, por regla general, los más inteligentes de la raza, yéndose á establecer lejos del continente en lugares remotos, y con frecuencia en medio de tribus más ó menos salvajes, cuya vecindad les era menos perjudicial que la atmósfera enrarecida y putrefacta de su pueblo por los malos actos y pensamientos de sus bastardos compañeros, sobre quienes ya no podían ejercer ninguna influencia, y en cambio podían ser mucho más beneficiosos entre las razas, incultas todavía, pero no corrompidas. En todas partes y en diversos países encontramos indicios de la residencia de esos adeptos, en los rasgos de las obras que han dejado, arruinadas ya la mayor parte, principalmente templos, como por ejemplo, la Gran Pirámide en Egipto, Stonehenge en Inglaterra, las pirámides de la India y principalmente las más conocidas como las más antiguas de Egipto.

Los adeptos que se establecieron en Egipto no encontraron sino una raza salvaje, pero una raza que, desarrollándose poco á poco, fué una mezcla de las razas antiguas y de los emigrantes asiáticos, y que se conoce como los Roeta-Atlantes. Mdme. Blavatsky dice de esas razas: No obstante, en los días de Platón, ninguno, fuera de los sacerdotes y de los iniciados, parece que conservaron recuerdo alguno con claridad de las razas anteriores. Los primitivos egipcios estuvieron separados durante muchos siglos de los atlantes; ellos mismos eran descendientes de una raza conexa: los Roeta-Atlantes, que se habían

(1) *La Doctrina Secreta*, II, pág. 468, edición inglesa.
(2) *The Pyramid and Stonehenge*, págs. 10 y 15.

establecido unos 400.000 años antes en Egipto (1). Durante la residencia de los adeptos, que llegaron después, la simiente espiritual ya había echado raíces en la raza naciente, y entonces esos adeptos pudieron tener en su mano el gobierno temporal y espiritual. Tales fueron los divinos Reyes-Iniciados que precedieron á la dinastía humana hasta Menes, y que elevaron el Egipto á una altura y florecimiento espiritual y material de cuya civilización la civilización egipcia que conocemos no es sino un pálido reflejo.

Durante su gobierno—y es imposible hablar aquí de años con relación al tiempo, pues basta decir que fué en medio del período comprendido entre la primer emigración de los adeptos y los dioses actuales—, fueron edificadas las primeras pirámides, no como algo original, sino como construcciones aceptadas generalmente para templos de iniciación y lugares de residencia de los adeptos. Así Mdme. Blavatsky dice que Egipto no fué el único país donde se encontraron pirámides, pues existían en todos los cuatro ángulos del mundo, aunque en esa época la principal sede estaba establecida en Egipto hace unos 200.000 años según Mr. Sinnet.

He llegado, pues, á un extremo de este asunto desde el que puedo, con referencia á todo lo anteriormente expuesto, apelando á la autoridad oculta de esas comunicaciones, establecer de un modo cumplido una exposición que estimo útil y conveniente tratando de un tema como el que me ocupo. Cuando veamos, según lo expuesto, que los reyes-adeptos eran las guías de los pueblos por quienes fueron construídas las pirámides, nosotros, teósofos, no podemos aceptar, en vista de lo que podemos imaginarnos sobre tales entidades, que esas pirámides fueron erigidas como «mausoleos». Para nosotros, sin duda alguna, esos monumentos tuvieron un fin más elevado, y así podemos aceptar lo que dice Mr. Sinnet, en su obra antes citada, que esas pirámides, y especialmente la Gran Pirámide, fueron concebidas como templos de iniciación, y que la Gran Pirámide tenía todavía otro destino más útil además del mencionado, á saber: ser una custodia de objetos ocultos, tangibles, que estaban escondidos en la roca y que se relacionaban con los misterios ocultos (2). Se dice que estaban escondidos en la roca y que la pirámide fué construída sobre ellos para protegerlos de ese modo, con su gigantesca grandeza, contra los terremotos y las consecuencias de las grandes inundaciones que anegaban el Egipto y otras regiones de la tierra bajo grandes masas de agua.

Ahora bien; esta teoría se halla completamente sola en frente de la potencial y convencional teoría del monumento-tumba, y no debemos perder de vista que durante la decadencia de la civilización egipcia,

(1) *La Doctrina Secreta*, II, págs. 792, y II, pág. 435 y 436.
(2) A. P. Sinnet. Obra citada, pág. 13.

esto es, durante la época histórica conocida por nosotros, el conocimiento esotérico desapareció con los adeptos que se retiraban, ante una generación cada vez más materialista, á otros lugares, y que respecto á la *moda* que se seguía entonces en construir pirámides como mausoleos, la última teoría tenga seguramente más valor y esté confirmada por pruebas. El que positivamente los reyes posteriores no las erigiesen como lugares de iniciación lo dicen abundantes testimonios que los designan como mausoleos; pero el hecho de seguir el orden arquitectónico piramidal encuentra su base en la imitación de otras pirámides construídas anteriormente.

Debemos buscar el valor de las pirámides, desde un punto de vista oculto en datos que no descansan sobre hechos descubiertos en relación con pirámides posteriores, sino únicamente en las que se nos dan por el examen clarividente y oculto como los que nos da Mr. Sinnet en su obra, de lo que encontramos ya suficientes sugestiones en *La Doctrina Secreta.*

Dejando á un lado el valor oculto de las antiguas pirámides en general, por lo que respecta á la Gran Pirámide, no puede ser muy importante para nosotros, cuando tenemos de ella una noción adecuada de lo que de ella se nos dice en *La Doctrina Secreta*:

«La Gran madre yace con el △ y la I y el □, la segunda I y la ✯ (1) en su seno pronta á producir los valientes hijos de los □△II (ó 4.320.000 el ciclo) cuyos dos antecesores son ○ (el círculo) y el ● (punto) (2).

Al comienzo de cada ciclo de 4.320.000 años (□△II), los siete ó como otros pueblos los mencionan, los ocho grandes dioses descendían para establecer un nuevo orden de cosas y para dar el impulso de un nuevo ciclo. El Dios Octavo, era el círculo unificado, separado y diferenciado de la puralidad en el dogma exotérico, así como las tres hipótesis divinas de los antiguos griegos se ven en las Iglesias hoy como tres *personas* diferentes.

Como dice un comentario:

«Los poderosos acaban sus grandes obras y dejan tras sí monumentos eternos como memoria de su visita, cada vez que penetran en nuestro velo mayávico (atmósfera).»

Así se nos ha enseñado que las grandes pirámides fueron erigidas bajo su cuidado directo, cuando Dhrana (la estrella polar de entonces) estaba en su más baja culminación, y las Krittikas (las Pléyades) se

---

(1) 31415 ó π (*pi*) la suma ó la multitud *unidas* en el logos... según Mdme. Blavatsky (lugar citado). El lector no ha de extrañarse de ver citado muchas veces este número π (*pi*) al hablar de la Gran Pirámide.

(2) *La Doctrina Secreta*, tomo I, pág. 404 de la edición española.

hallaban encima de su cabeza (estaban en el mismo meridiano) para observar el trabajo de los gigantes.

Seguramente vale la pena probar, ya que hay fundamentos para ello, que las pirámides tuvieron un valor y una utilidad más elevada que la de servir de «mausoleos para monarcas vanidosos»; y es lo que me propongo hacer. Consecutivamente quiero tratar del sitio de las pirámides, sus constructores y su valor astronómico; hacer una descripción del sistema milagrosamente complicado é interesante, de sus galerías y columnas; hacer luego una revisión de las muchas teorías que sobre el particular existen—tal vez unas cuarenta—; detallar luego lo que dice la enseñanza teosófica, y finalmente nos esforzaremos en comprender el simbolismo de este milagro terrestre.

¡Ojalá pueda dar á mis lectores una impresión del valor místico, formidablemente grande, ese espléndido regalo de los dioses!

H. J. van GINKEL.

(Continuará.)

Versión española del holandés, por R. Lensselink.

Notas, Recortes y Noticias.

Un mito sobre los orígenes. En uno de los últimos números de la revista *Anthropos*, el reverendo Dunn, prefecto apostólico de la isla de Borneo, da noticia de la siguiente creencia cosmogónica, antiquísima y muy corriente en el país:

«En un principio no existía nada más que una inmensa superficie llena de agua. Los dos creadores del mundo, que eran dos grandes aves, una de cada sexo, Ara la hembra é Irik el macho, para romper la monotonía de su obra extrajeron de las aguas una porción de tierra, fango, más propiamente hablando, y modelaron una especie de huevo bastante grande. Ara hizo el cielo é Irik se encargó de la tierra. La tierra era demasiado grande, y realmente no cabía bajo el fanal del cielo completamente extendida; entonces los creadores la apretaron un poco, y al hacerlo así, el suelo se elevó por algunos sitios y adquirió todas las anfractuosidades y prominencias que vemos como cañadas ó montañas, como llanos y cimas. Las plantas aparecieron luego de un modo espontáneo, pero de un modo doble, animadas unas por el elemento femenino y otras por el masculino. Faltaba aún algo para satisfacción de los creadores é intentaron la confección del hombre. Primeramente animaron á un árbol, pero el esfuerzo resultó estéril, y entonces, con el limo rojo, trabajaron en su empresa, siendo ésta feliz-

mente coronada. El nombre con que se designó á ese antecesor del género humano fué el de *Tanah Kumpok*, que quiere decir *tierra plasusada.*»

El reverendo Dunn no hace más que apuntar este esbozo, mejor dicho, este resto de cosmogenia infantil, y así le trasladamos para que sirva á nuestros lectores como un dato para la confección de los archivos teosóficos sobre las tradiciones de nuestro origen.

Contra el cáncer.

En la *Westminster Review*, J. Johnson da cuenta de algunos experimentos bastante favorables para sus propósitos sobre el tratamiento del cáncer con infusión de las hojas verdes de las violetas.

El hecho ha recibido muchas comprobaciones y se ha practicado hace ya tiempo, sobre todo en Escocia.

Como curiosidad se consigna que las personas más aficionadas al olor de esas flores suelen, en muchos casos, tener propensión á la diátesis cancerosa. J. Johnson no asegura, sin embargo, que el tratamiento sea completamente satisfactorio, pero si que sea en cierto modo un contentivo y productos, á veces, de suspensión en los progresos de la enfermedad.

La catástrofe de Courriéres.

La reciente catástrofe ocurrida en las minas de Courriéres devuelve la actualidad á una idea ya antigua acerca del origen posible de la agitación íntima de la tierra como un resultado de la actividad solar.

Efectivamente, es un hecho que á la aparición de las manchas solares corresponde de un tiempo á esta parte una serie de fenómenos geológicos, siendo uno de los fenómenos más frecuentes las explosiones de grisú en las galerías mineras.

La gran actividad de la tierra es, pues, un hecho que es preciso estudiar con algún detenimiento, y ya sería conveniente que se comprobase lo que puede haber de cierto entre la actividad solar y esos fenómenos geológicos, para que en lo sucesivo se evitasen en lo posible accidentes tan horrorosos como los de la última catástrofe.

Próximas publicaciones.

En breve aparecerá la versión española de la famosa obra de G. R. S. Mead, *Apolonio de Tyana*, editada por nuestro amigo y hermano el director de la Biblioteca Orientalista de Barcelona, D. Ramón Maynadé.

Se preparan también por la misma casa la versión de la in-

teresante lectura de C. W. Leadbeater *Los ángeles custodios y otros auxiliares invisibles*, y el precioso estudio sobre *El matrimonio y brahmacharya (abstinencia)*, debido á nuestro hermano G. V. K., y que fué publicado en *The Theosophist*, de Madras.

El próximo Congreso. En el próximo Congreso de las Federaciones europeas de la Sociedad Teosófica, que se celebrará en París en Junio venidero, como saben nuestros lectores, acudirá según tenemos noticia, una representación española para testimoniar con su presencia la vitalidad de la enseñanza teosófica en España.

Esta noticia la damos con verdádera satisfacción, y así esperamos que ha de ser recibida por nuestros hermanos y amigos. Será la primera vez que la representación española, estando tan dignamente representada como en los Congresos anteriores, sea lo suficientemente numerosa para acreditar el entusiasmo y la vitalidad que nos anima.

Las revistas teosóficas. La mayor parte de las revistas que habitualmente frecuentan nuestra redacción no las hemos recibido durante el mes pasado. Como este retraso, inexplicable para nosotros, pudiera relacionarse con alguna mala inteligencia sobre nuestra dirección, recordaremos á nuestros colegas que la dirección para el envío de nuestro cambio sigue siendo la misma: Madrid, Atocha, 127 duplicado, como puede verse en nuestra portada.

R.

La vida pasada.

Elena.—.....Conmigo es con quien no estoy satisfecha.

Baronesa.—¿Y por qué?

Elena.—Porque es inútil renovar nuestro espíritu cuando todo continúa lo mismo á nuestro alrededor. No es el porvenir, es lo pasado lo que gobierna al mundo. La historia, la maldecida historia, es el gran tirano de las naciones y de los hombres. Si fuera posible pasar á la vida el día en que con plena conciencia, con plena libertad, podamos afirmar esta es nuestra vida, pero ni siquiera desde el primer día de nuestra vida podemos decir que nacemos; vivíamos desde mucho antes, desde muy antiguo, desde muy lejos. La vida es una selva mil veces centenaria, y como sus árboles seculares, nuestras almas tienen raíces muy hondas. Las ramas que mueve el aire nos parecen alas que en vano agitamos ansiosos de aire, de luz, de libertad.

(Acto II, esc. IV. La Princesa Bebé.)

Jacinto Benavente.

BIBLIOGRAFÍA

Annie Besant. — *La Genealogía del hombre.*—Versión española de D. José Granés, M. S. T.—1 vol.—Barcelona, Biblioteca Orientalista (Tapinería, 24). Ramón Maynadé.

El presente libro de Annie Besant lo constituye cuatro interesantes conferencias que la ilustre escritora dió en Diciembre de 1903, ante la 28.ª Asamblea anual de la Sociedad Teosófica en Adyar.

Traducidas recientemente á casi todos los idiomas, nuestro particular amigo, el Sr. Maynadé, ha tenido el buen acierto de consagrarlas un puesto de honor en su *Biblioteca Orientalista* y las ha ofrecido al público admirablemente editadas y esmeradamente traducidas.

Este libro es un libro de estudio, de meditación, de consulta. Es un libro sobre el que se ha de volver en muchas ocasiones y del que ha de sacar excelentes y copiosísimos frutos el estudiante de la enseñanza teosófica. No es, empero, como pudiera colegirse por estas observaciones, por quien quiere tomarlas á la ligera, un libro definitivo, último: el último y único de Teosofía. La misma autora previene á los lectores contra tan aventurado juicio, y conviene recordar aquí sus palabras que son sobremanera oportunas, no ya precisamente para este libro, sino para otros semejantes y en general para todas las obras de enseñanza:

"Al mandar, dice, estas conferencias á los estudiantes de Teosofía, deseo advertirles que no tienen la pretensión de ser una exposición más "autorizada„ que la de los demás libros que han salido de mi pluma. Quizá podrá parecer supérfluo que repita una advertencia que con tanta frecuencia he hecho; pero la tendencia á considerar la simple labor de una estudiante como enseñanza autorizada, se repite una y otra vez, y de aquí la necesidad de repetir lo que tantas veces se ha dicho.„

La enseñanza teosófica difiere esencialmente de las demás, en que es una enseñanza continua y no cristaliza un momento de las cosas y del pensamiento. Podría compararse á un precioso paisaje eternamente el mismo, pero eternamente viviendo; algo así como un cuadro que, por un arte especial, fuera viviendo todas las estaciones y todos los cambios del cielo y del terreno, hasta las catástrofes más imprevistas: la aparición de un vol-

cán ó la sumersión en las aguas de toda la superficie. Los cambios, los progresos, no son tampoco tan rápidos que no puedan madurar las ideas: todas pueden llegar á su conveniente edad. No puede ofrecerse así como así una enseñanza última, pero sí, cada día, puede ofrecerse una menos apartada de la definitiva, y mientras tanto, mientras no se sepa más, he aquí lo que se sabe. (Aquí habría que copiar íntegro el libro de Annie Besant).

En otra parte de esta revista se inserta una de las conferencias que forman parte de este libro, para que vean nuestros lectores por sí mismos el valor y la importancia de esta obra, cuyos comentarios, así como los estudios, las exposiciones y observaciones que sobre la misma se han hecho, constituyen ya una extensa labor y una no pequeña nota bibliográfica que acredita el interés con que ha sido recibida entre los estudiantes de Teosofía.

De la versión española que ha hecho nuestro particular amigo el señor Granés, no nos compete juzgar; su acreditada competencia en esta suerte de trabajos y su cultura en ellos le ponen por encima de nuestros juicios y nuestra propia amistad, indisimulable por fuerza, podría parecer que estaba sobre toda serenidad cuando, como en el caso presente, la verdad del elogio y la manifestación del afecto se habían de elevar á una misma altura.

El editor y el traductor de este trabajo han realizado una buena obra poniendo al alcance de un mayor número este foco de luz.

Rafael URBANO

Miguel de Molinos.—*Guía espiritual.*—Barcelona.—Biblioteca Orientalista, R. Maynadé (Tapinería, 24) y Juan Torrents y Corral (Paseo del Triunfo, 4, San Martín).

Un suceso para nuestras letras, para la historia de nuestra filosofía, y un día de júbilo para nosotros acaban de proporcionarnos los dos editores barceloneses que han reeditado esta interesante y preciosa joya de la mística universal. Por la parte que nos cabe como alentadores de tan grande empresa, nos abstenemos de una ponderación que, aun siendo justa, pudiera parecer demasiado personal é interesada.

La obra de Molinos, única en Europa que puede parangonarse con los célebres *Aforismos* de Pantajalí, es el más poderoso esfuerzo de concentración que ha hecho la mente para llegar á las cimas de lo divino. Se sube tan alto, que perdido el sentido, perturbado el ánimo de las mentes menos firmes y seguras, sufren esos la ilusión de una caída como por modo análogo, por una inercia psíquica más que por una ilusión de las cosas: el tren que corre al lado del parado parece que está quieto y que se mueve el que está en el más absoluto reposo

La muerte, el aniquilamiento, el vacío, todas esas cosas tan terribles y tan terriblemente vistas luego en *La Guía Espiritual*, no se vieron en los primeros momentos de su aparición. En las ocho aprobaciones que la precedieron en su primera edición no se ve ninguna heregía. «No se aparta de los testimonios de las Escrituras Sagradas, de las doctrinas de los Santos Padres, de los decretos de los concilios y de la integridad de las costumbres», decía el arzobispo de Ríjoles. «Declara doctrina sana», añadía un general de la franciscana. «Es de provecho para almas que aspiran á unirse con Dios», juzgaba un general de la descalza; un predicador del rey creía que con ella se subiría «sin riesgo al sagrado cuento de la divina contemplación, más con vuelos angélicos que con pasos humanos». Era «muy loable y digno de singular estima el conato de este libro» para un jesuíta y calificador del Santo Oficio. Tenía «doctrina sana y segura» para un procurador general de los mercenarios. Leído «una y segunda vez» por un autorizado gilito, vió que «á los ya aprovechados les mejora y anima». Otro confesor del rey también la halló buena.

Y con todo, estos hombres se equivocaron: la obra fué condenada. Tan perseguida, con tanta saña, que ya nos habíamos olvidado que hubiese sido escrita en castellano, que hubiera sido escrita siquiera.

La resurrección de esta obra, su reimpresión, la devuelve á la vida, y poniéndola en frente de sus perseguidores les invita á una revisión de tan apasionado proceso.

La muerte, el aniquilamiento, el vacío, todas esas cosas tan terribles, y tan terriblemente vistas aún, cuando no hay un ánimo bastante firme, acaso la condenen ante estos nuevos jueces. Pero hay un arte de ver, de sentir sin sufrir los procesos de la ilusión. Cuando se asciende sobre el ambiente, sin dejar de ver el suelo, la tierra se hunde poco á poco para el que sube; mirando al cielo mientras subimos, es como sube cuanto nos cerca, sin que nada se sumerja en los abismos.

He ahí lo que ha enseñado Molinos, lo que pudo comprenderse un momento en el pasado y lo que se ha olvidado después. La profundidad del alma, la profundidad de la vida. Profundidades que no son antros, cuevas, pozos, silos, sino empinadas cimas, límites últimos y superiores que están arriba y no abajo, como la rara y extraordinaria profundidad de los cielos.

U. G.

E. N. Santini de Riols.—*Les perfums magiques.*—L. Genonceaux et C.ie (4, Place St. Michel).—París, 1906.—1 vol. in 18.—3 fr.

La librería Genonceaux et C.ie ha puesto á la venta este volumen que

recomendamos á los lectores amantes de las cosas de la antigüedad y de la edad media.

La lectura de estas páginas es muy instructiva, ofrecen una ojeada histórica del más elevado interés y dan noticias más que suficientes para formarse ideas y sugestiones acerca del ritualismo antiguo, de la degeneración del mismo ritual y de las relaciones que han existido siempre entre el arte, la ciencia, la religión y la filosofía.

L. G.

La guerra es el infierno. — Carbonell y Esteva, editores. — Barcelona. Un folleto 0,50 pesetas.

Acabamos de recibir este interesantísimo opúsculo en el que está contenido el magnífico discurso pronunciado en la Comisión de Paz de los Shakers de Mount-Lebanon, por el Dr. J. M. Peebles.

Los Shakers son los más decididos partidarios de la abolición de las guerras, y por nada del mundo empuñarían un arma para dirigirla contra nadie.

El Dr. Peebles, en su magnífico discurso, pone de manifiesto, basándose en los Evangelios y en la razón, lo odioso de las guerras y la contradicción en que incurren los pueblos llamados cristianos al aceptarlas y decretarlas.

Es obra buena la que han hecho los editores al darnos á conocer, correctamente, traducido del inglés, este valioso discurso que recomendamos eficazmente á cuantos desean ver llegar el término de la maldita guerra.

De él copiamos este párrafo que pinta por sí solo la tesitura de este discurso:

«Marcos Twain, casi al terminar el siglo pasado, escribiendo sobre lo que lo que el siglo XIX transmite al siglo XX, dijo: «Os dejo la robusta matrona llamada Cristiandad, ensuciada, manchada y deshonrada por las luchas piráticas de Manchurria, de Sud-Africa y de las Filipinas, con su alma llena de bajezas, sus bolsillos llenos de moneda mal habida y su boca llena de hipocresías piadosas. ¡Dadle jabón y una toalla, pero escondedle el espejo!».

E.

Aplicaciones terapéuticas del himnotismo *(observaciones prácticas)* y **La sugestibilidad de los niños,** por los Dres. Tokarsky, de Moscou; Kingsbury, de Blanchpool, y Berillón.—0,50 pesetas, Biblioteca de *La Irradiación*, Mayor, 50, principal, Madrid.

Estas observaciones son el fruto de muchos años de trabajo de los notables médicos Tokarsky, de Moscou, y Kingsbury, de Blanchpool, que se han dedicado á la práctica de la terapéutica hipnótica; así que en pocas pa-

labras han condensado cuanto debe tenerse presente al hipnotizar para conseguir rápidos resultados.

En el capítulo *La sugestibilidad de los niños*, el Dr. Berillon, que ha tenido ocasión de provocar el hipnotismo en más de 200 niños de ambos sexos, transcribe las acertadas conclusiones que ha deducido de sus experiencias.

El librito resulta de utilidad no tan sólo para el médico y aficionados al hipnotismo, sino también al pedagogo y al padre de familia, que aprenderán cómo se pueden corregir los defectos, desaplicación y travesuras de los niños.

E. G.



Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.